

El general Fajardo de Tenza, Señor de Espinardo y gobernador de Filipinas

Gabriel RODRÍGUEZ PÉREZ *

GLORIA Y DESVENTURA DE UN MURCIANO ILUSTRE EN FILIPINAS

El apellido Fajardo tiene en Murcia resonancias épicas desde el siglo xv, cuando un Fajardo con mando en Murcia y otro Fajardo con mando en Lorca ganaron la batalla de Los Alporchones, donde derrotaron a una potente expedición del reino moro de Granada y devolvieron la libertad a un gran número de hombres, mujeres y niños, apresados en aquella «algará», que había penetrado hasta Cieza y la había dejado destruida.

Desde entonces, miembros de esa familia sirvieron a España con las armas, tanto en tierra como en la mar. Y en el primer cuarto del siglo xvii, cuando aún se recordaba en Murcia el mando del general D. Luis Fajardo de la Cueva, marqués de Los Vélez, hubo tres miembros de dicha familia con mando militar destacado: otro D. Luis Fajardo, almirante, capitán general de la Armada del Mar Océano; D. Juan Fajardo de Guevara, también almirante, capitán general de la Armada de Guarda del Estrecho, y el general D. Alonso Fajardo de Tenza, gobernador de Filipinas.

En el callejero de Murcia, encontramos la avenida del Marqués de los Vélez, que recuerda sobre todo al primero de este título, y el paseo del Almirante Fajardo de Guevara, merecido homenaje póstumo de la ciudad, orgullosa de sus hijos ilustres y agradecida a sus buenos servicios. Pero, pese a sus brillantes historiales, ningún recuerdo hemos visto del almirante D. Luis Fajardo, ni del general D. Alonso Fajardo, de quien ahora tratamos.

* Coronel de Infantería DEM.

D. Alonso Fajardo de Tenza, era el señor de Espinardo. Hizo una brillante carrera militar, en la que llegó a general y, cuando en 1617 fue nombrado gobernador de Filipinas, le había sido concedido el hábito de Alcántara y ejercía el cargo de consejero, en el Consejo de Flandes. Para hacerse cargo de su gobernación, emprendió el doble viaje que había de llevarlo primero a Nueva España y después, desde Acapulco, a Cavite, donde desembarcó el 2 de julio de 1618, para hacer su entrada solemne en Manila el día siguiente.

Pronto demostró el general Fajardo de Tenza su gran competencia en el gobierno. Estudió a fondo los problemas del archipiélago y dio rápida solución a dos de los más graves. Uno era el descontento existente entre los indígenas por los servicios personales a que estaban obligados, en la fundición y los astilleros, imprescindibles para tener en buenas condiciones las flotillas, armas y municiones necesarias para hacer frente con éxito a los corsarios holandeses y piratas chinos y moros de Joló y Borneo, que atacaban cuantos barcos y puertos encontraban mal defendidos. Este servicio de trabajo sólo lo hacían los indígenas, mientras los españoles estaban obligados al servicio de las armas. D. Alonso Fajardo efectuó un estudio a fondo para racionalizar dichos trabajos y reducirlos al mínimo posible. Los «indios», como se les llamaba, vieron notablemente reducido el tiempo que tenían que dedicar a los mismos, lo cual hizo que el nuevo gobernador contara rápidamente con su general adhesión.

El otro gran problema resuelto fue el del peligro de los corsarios holandeses para el galeón de Acapulco, llamado «de Manila» o «de la China» en Nueva España, de cuyo virrey dependía Filipinas en cierto modo, ya que de Filipinas iban a Nueva España, y de allí a España, los apreciados productos de la China y del Japón, y de Nueva España iba a Filipinas el necesario «situado», es decir el dinero consignado para los gastos de gobierno del Archipiélago. Ese peligro amenazaba a la «nao de Acapulco», en la ruta del tornaviaje, desde que zarpaba de Manila hasta que se había alejado mucho de dicho puerto. Ello se evitó por el nuevo gobernador, mediante instrucciones secretas a su comandante, con rutas siempre distintas entre sí y de la que había sido la habitual. Así los corsarios no volvieron a encontrar el galeón y dejaron de ser una amenaza para el mismo, lo cual supuso una notable mejora en la seguridad y comercio del Archipiélago.

También dio Fajardo gran impulso a la construcción naval y a las fortificaciones de Cavite, antepuerto de Manila y base de las flotillas de combate, adonde efectuaba frecuentes viajes, en los que seguía la marcha de los trabajos.

Manila era una ciudad de gran desarrollo y prosperidad, gracias sobre todo al citado comercio. Por su urbanización y sus magníficas construcciones, se le llamó «la Perla del Oriente». Pero su aislamiento hacía que en ella imperara una tranquilidad, que sólo se alteraba por la necesidad de atender a

la defensa contra los corsarios holandeses y los piratas chinos y moros. Esa tranquilidad, aunque fuera armada y vigilante, y el paso de los días con poca variación, hicieron que resaltara y se recordara mucho cuanto rompiera esa monotonía.

Así fue fecha recordada el 15 de agosto de 1619, en que los dominicos inauguraron las cátedras del colegio que, pocos años después, sería la famosa Universidad de Santo Tomás. Con temor se recordó el 30 de noviembre del mismo año, en que un fuerte terremoto afectó a toda la isla de Luzón e hizo notables daños en Ilocos y Cagayán.

La llegada de la bula de Urbano VIII, que autorizaba el culto solemne a la Inmaculada Concepción, fue celebrada con brillantes fiestas, en las que se puso de manifiesto tanto el entusiasmo general como la prosperidad de Manila.

Gran impresión hizo en Manila el viaje a Madrid del superior franciscano Fr. Fernando de Amoraga. En una verdadera epopeya, fue por Malaca, Goa y Ormuz, a Persia, donde el embajador español consiguió que el emperador persa apoyara su viaje, que continuó por Constantinopla, Venecia, Marsella y Cartagena. Consiguió los apoyos que fue a buscar y regresaba con veinticuatro frailes. Pero a poco de zarpar de Cádiz la flotilla en que viajaban, una fuerte tormenta estrelló varios barcos contra la costa, causando la muerte a unas mil cien personas, entre ellas él. Era el 3 de enero de 1620.

Un suceso notable en la defensa de las islas fue el encuentro, en el estrecho de San Bernardino, de tres naos españolas con tres navíos holandeses. Eran las «naos de Acapulco», que en esta ocasión eran tres, formando flotilla con una valiosa carga y el «situado». En el combate sufrió graves daños la capitana holandesa, lo que aprovecharon las naos para evadirse ya que lo prioritario era que la carga llegara a Manila. Una súbita tormenta hundió dos de las naos, en los puertos a que se habían acogido. Se salvaron las tripulaciones y la plata, que llegaron íntegras a Manila, aunque sólo llegó una nao. En cuanto a la flotilla holandesa, se supo que se había hundido su capitana.

Como consecuencia de este encuentro, notable fracaso del curso holandés, los príncipes indígenas de las Molucas se pusieron bajo el protectorado de España, poniendo fin al de Holanda, que les había ocasionado un gran perjuicio al obligarles a vender a su compañía toda la producción de clavo, valiosa especia que era la mayor riqueza de aquellas islas. El protectorado se ejercía a través del gobernador de Filipinas.

Una fecha muy recordada fue la del 5 de agosto de 1621, en que llegaron a Manila el nuevo obispo, D. Juan de Rentería, veinticuatro padres franciscanos y diez monjas, fundadoras del monasterio de Santa Clara. Se les recibió por el gobernador y demás autoridades, con salvas de artillería, la carrera cubierta

por la guarnición y el acompañamiento de toda la población. A poco de establecerse el nuevo monasterio, ingresaron en el mismo como novicias veinte jóvenes residentes en Manila, a las que siguieron otras muchas; lo curioso es que este éxito llegó a crear descontento, hasta el punto de pedir algunos que se limitara su número, alegando que muchos hijos de familias nobles no iban a poder casarse.

En diciembre de 1621, cuando los jesuitas de la misión de la isla de Bohol estaban en Cebú en los actos por la beatificación de san Francisco Javier, algunos notables de la isla promovieron una sublevación, haciendo creer al pueblo que el «Divata», es decir el genio del mal, equivalente al «Siva» de los hindúes, les había ordenado expulsar a los misioneros y demás españoles, para lo cual tendrían su protección. Toda la isla se sublevó, manteniéndose fieles únicamente los pueblos de Balac y Baclayán. El alcalde mayor de Cebú, D. Juan de Alcarazo, fue a Bohol y requirió a los sublevados que restablecieran el orden ofreciéndoles el perdón, pero ellos no le hicieron caso y continuaron sus tropelías. Quemaron cuatro pueblos, se ensañaron con las iglesias llegando a alancear las imágenes, y se internaron en la selva. Alcarazo ordenó que fueran de Cebú cincuenta soldados españoles y mil auxiliares indios y, el 1º de enero de 1622, marchó en busca de los rebeldes, a los que encontró a los cinco días de marcha en un poblado en que se habían hecho fuertes. Se habían reunido más de mil quinientos insurrectos que lucharon enérgicamente, pero los españoles tuvieron la ventaja del fuego de los mosquetes y les obligaron a abandonar el poblado, en el que fue destruido el templo del «Divata». Tuvieron lugar otros encuentros en los que unos cayeron prisioneros y otros se rindieron y, al final, los más comprometidos murieron en la horca. Pero la insurrección se había extendido a la isla de Leyte, donde la promovió el anciano sultán Banca, lo que extrañó pues en tiempos de Legazpi se había convertido y había recibido una cédula de Felipe II, con honores y privilegios, y se había mantenido fiel hasta entonces. El alcalde mayor de Cebú acudió también a Leyte y ofreció la paz a Banca, que la rechazó. Se organizó entonces un ataque en tres direcciones convergentes, pero bastó la acción del grupo de Alcarazo, para que huyeran los rebeldes. Banca murió atravesado por una lanza y los más significados fueron condenados a la horca. Así acabó aquella insurrección que, de haberse extendido a Luzón, podría haber puesto en peligro la presencia española en Filipinas.

En 1623, Fajardo envió una expedición contra los feroces igorotes del Norte de Luzón, los llamados «cortadores de cabezas». La mandaba el cabo superior de Pangasinán, D. Francisco Carreño que, por exceso de confianza, descuidó las medidas de seguridad y murió en una emboscada. La expedición se repitió en 1624, a las órdenes del capitán D. Alonso Martín Quirante, que tuvo que combatir duramente para cumplir su misión.

Asombro y horror causó en Manila el terrible drama del que fue protagonista aquel pundonoroso gobernador. Los frecuentes viajes a Cavite propiciaron su desgracia. Su esposa, doña Catalina Zambrano, dama también de ilustre linaje, mucho más joven que él, se enamoró perdidamente de Juan de Mesa Suero, un apuesto joven de la sociedad manilense que era contador de Hacienda, ostentaba el grado de capitán en las milicias locales y ejercía el comercio. Aprovechando los citados viajes, ambos se reunían en una casa en que pasaron juntos algunas noches, hasta que se enteraron los criados y uno dio cuenta de ello a D. Alonso. Entonces él, como otras veces, se despidió diciendo que iba a Cavite y volvió por la noche. Vio que su esposa salía de palacio vestida de hombre y acompañada por su amante y un amigo de éste, que entraron todos juntos en una casa. D. Alonso Fajardo, se presentó espada en mano y, de una estocada, mató al acompañante; se batió con el amante y lo mató también; buscó a su esposa, que se había refugiado en el patio y la hirió de gravedad. Entonces, con gran serenidad, ordenó a los que habían acudido que buscasen a un sacerdote, a quien pidió que la confesara porque iba a rematarla. El sacerdote pidió perdón para la adúltera, que también lo suplicaba, pero D. Alonso insistió al confesor. Este la confesó y, al terminar la absolución, D. Alonso la atravesó con su daga. A los que estaban allí les ordenó dar cuenta del hecho a los alcaldes ordinarios y a los oidores de la Audiencia, y él se retiró a palacio. Este suceso produjo una gran impresión, como es de suponer, entre los habitantes de Manila y en la misma Corte. Existen narraciones con notables diferencias en los detalles, que pueden ser debidas a relatos orales. Aquí nos atenemos a lo que consta en el proceso que se instruyó. Se ha supuesto que Calderón de la Barca lo supo en la Corte años después y ello le inspiró el drama «El médico de su honra».

Después de este hecho, el gobernador cayó en una profunda depresión de la que salió al cabo de meses, pero parece que le quedó una cierta obsesión. En las fiestas celebradas en Manila por la coronación de Felipe IV, D. Alonso Fajardo se presentó con una banda azul, en la que destacaba un corazón abierto por dos manos, con la leyenda «Bien rompido pero mal pagado». Y cayó entonces en una vida de mujeriego, alardeando de ello, lo que provocó una carta de los oidores al Rey quejándose de «la escandalosa vida y mal ejemplo que da con ella el gobernador».

El general D. Alonso Fajardo de Tenza murió en agosto de 1624. Una tarde, al volver de un paseo a caballo subió a sus habitaciones cansado y sudando, se acostó y no volvió a levantarse. Al hacer testamento, pidió que lo enterraran al lado de su esposa, en la iglesia de los Recoletos. Había sido siempre un ejemplo de energía y sentido del deber y del honor. Como dice Montero Vidal, en su «Historia General de Filipinas», «fue Fajardo un militar valiente

y un gobernador justo. Indios y españoles lamentaron su desgracia y sintieron su muerte, no borrándose por mucho tiempo de la memoria de los manileños la tremenda justicia que supo hacerse...». Podríamos añadir que aquel señor de Espinardo murió lejos de su señorío, que hacía siete años que no veía, cumpliendo los deberes de primera autoridad de aquel lejano archipiélago.